

Grandes evoluciones sociales en las áreas metropolitanas*

Sophie Body-Gendrot

1. Los parámetros del cambio urbano.
 - 1.1. El crecimiento de las ciudades del mundo en términos demográficos. 1.2. El ritmo de crecimiento. 1.3. El crecimiento de las ciudades-regiones.
2. El envejecimiento de la población.
 - 2.1. Envejecimiento comparado de las poblaciones: Europa en retroceso. 2.2. Un mayor número de mujeres mayores.
3. ¿Rejuvenecimiento? Un mundo de emigrantes.
 - 3.1. La cuestión de los flujos de inmigrantes sin papeles hacia las ciudades. 3.2. La integración urbana de la segunda y tercera generación. 3.3. El caso de la comunidad latina en las ciudades americanas. 3.4. El caso de la comunidad musulmana en las ciudades europeas.
4. Estados menos solidarios.
5. La inseguridad urbana: mitos y realidades.
 - 5.1. Un fenómeno antiguo. 5.2. Nuevas expresiones. 5.3. La instrumentalización del miedo desde el 11 de septiembre. 5.4. Estigmatización de la alteridad y del comunitarismo. 5.5. Entre percepciones y realidades: el caso de Johannesburgo. 5.6. La privatización del espacio público. 5.7. El derecho a la vida.
6. Un ejemplo a meditar: la violencia de los suburbios franceses.
 - 6.1. Los disturbios de noviembre de 2005: ¿repetición cíclica o novedad? 6.2. ¿Qué sucedió? 6.3. Las diferentes respuestas. 6.4. ¿Por qué? 6.5. La violencia como medio de expresión. 6.6. Incomprensiones y bloqueos.
7. Soluciones locales a problemas globales.
8. Conclusión.

* Texto de la conferencia pronunciada en Barcelona el 20 de septiembre de 2006 dentro del Segundo Seminario organizado por el Pla Estratègic Metropolità de Barcelona.

El debate sobre el mundo urbano gira alrededor de dos visiones diferenciadas. Según la primera visión, la estructura de la ciudad funciona, con la excepción de los lugares y las poblaciones que simbolizan los problemas que el conjunto de la ciudad tiene que soportar. Estos lugares son portadores de problemas sociales porque se encuentran dentro de las estructuras colectivas de un hábitat monótono, a menudo “social”, en el que se concentran familias que acumulan múltiples desventajas. Resulta difícil adecuar estos lugares a las normas debido al coste que supone –coste que otros grupos sociales no quieren sufragar–, a la complejidad de los problemas según los lugares y las épocas –la gente se marcha pero los lugares permanecen– y al debilitamiento del control social. Las estructuras de ayuda también se agotan y los problemas perduran en los mismos lugares estigmatizados, amenazando con su potencial de violencia al resto de la ciudad. Estos problemas, que no son nuevos, influyen en la visión que tenemos de la ciudad en su conjunto, y las personas más favorecidas se ven tentadas a rechazar la mezcla social o a instalarse en localidades más pequeñas donde pueden controlar mejor las decisiones colectivas. Este enfoque culpa a la sociedad que, por su individualismo e indiferencia hacia los problemas de las personas más desfavorecidas (desprovistas de capital económico, social y político), provoca una “catástrofe urbana”.

Según la segunda visión, la degradación general de los lugares con problemas, los conflictos sociales que se expresan entre habitantes según una jerarquía sutil, la designación de los “jóvenes” como origen de todos los males, las guerras de territorios entre bandas juveniles o entre personas jóvenes y adultas o, incluso, entre jóvenes y funcionarios (policía, bomberos, equipos asistenciales) dependen de la responsabilidad individual y colectiva de los sujetos. No todas las personas en situación de precariedad son delincuentes. Sin embargo, en el discurso público y mediático se acostumbra a señalar más a la gente que a los entornos.

Sea cual sea la validez de estas percepciones, el hecho es que es necesario que los responsables informados, los políticos, etcétera, actúen y se opongan al discurso antiurbano que asocia miedo, criminalidad y riesgo con el concepto de ciudad.

1. Los parámetros del cambio urbano

1.1. El crecimiento de las ciudades del mundo en términos demográficos

Durante un largo periodo de tiempo la gran mayoría de la población mun-

dial vivía en el campo. Actualmente, en cambio, la mayoría vive en las ciudades. Por cada persona que vive en el campo dos viven en la ciudad, en el caso del norte, y a menudo la proporción es incluso de nueve a una. En las ciudades del sur la proporción es menor, pero el crecimiento urbano es más rápido.

1.2. El ritmo de crecimiento

En los próximos años, la población mundial pasará de 6.500 a 9.000 millones de personas, y crecerá sobre todo en los países del sur. Más de la mitad de la humanidad vivirá en zonas urbanas (actualmente es una tercera parte) y las megápolis explotarán. La esperanza de vida también aumentará, pero de modo desigual. Hace tan sólo dos siglos había mil millones de personas y vivían en peores condiciones que ahora. En cuarenta años, el crecimiento de China y la India dependerá de una mejor distribución de la población, de un mejor reparto, de la adaptación del conocimiento y la tecnología, de una educación mejor.

1.3. El crecimiento de las ciudades-regiones

Se ha constatado que hay más centros satélites, más ciudades medianas, en detrimento del escalonamiento urbano amorfo y desordenado (*sprawl*), que caracteriza a las ciudades fronterizas (*edge cities*), a las antiguas urbes americanas y a las metrópolis del sur. La integración de antiguos centros regionales en las zonas urbanas atenúa los problemas de decadencia y de desertificación (diversidad y densidad son las palabras clave del triunfo urbano) y se lleva a cabo gracias a buenas políticas de transporte. Así, nacen lugares multifuncionales que disminuyen el tiempo de desplazamiento porque todo se encuentra *in situ*.

2. El envejecimiento de la población

2.1. Envejecimiento comparado de las poblaciones: Europa en retroceso

Muchas zonas del mundo, sobre todo África, ganarán habitantes de aquí al 2050. Sin embargo, Europa perderá el 10% de su población.

Esto se debe a que la fecundidad de las mujeres europeas ha disminuido considerablemente desde 1970, en particular en la Europa del Este y en

Italia y España. Podemos ver el contraste con los Estados Unidos, que garantiza la renovación de las generaciones. En Europa, Irlanda y en menor medida Francia son los países que están en esta situación.

2.2. Un mayor número de mujeres mayores

¿Cuáles son las consecuencias sociales del envejecimiento de la población en las ciudades europeas y de la disminución de la población activa en la mayoría de los países europeos?

El porcentaje de personas de sesenta años o más se duplicará entre los años 2000 y 2050, del 10% al 21%, y la “cuarta edad” explotará numéricamente y obligará a examinar de nuevo los sistemas de protección social.

Hoy en día, son temas de actualidad la cuestión de las jubilaciones, el trabajo a domicilio, la asistencia, los puestos de trabajo que hay que crear si disminuye la solidaridad familiar, el tema de las ciudades de *seniors* que hay actualmente en la Costa Azul en Francia y aquí, en España. Desde un punto de vista social, cabe esperar una inflación de la preocupación por la seguridad y de peticiones de protecciones específicas.

Una de las soluciones que se preconizan es la de volver a concebir y adaptar barrios en los que haya trabajo *in situ*, servicios de interés colectivo y viviendas intergeneracionales para minimizar los costes (economía residencial). También se pueden reactivar los espacios públicos compartidos por categorías de gente muy diversas y las interdependencias (las personas mayores pueden ayudar con los deberes, alquilar habitaciones con la garantía de asociaciones serias, etc.).

No obstante, no podemos olvidar que la concentración de personas mayores representa un gran peso para una ciudad (coste político y económico).

¿Cuál puede ser la solución?

3. ¿Rejuvenecimiento? Un mundo de emigrantes

3.1. La cuestión de los flujos de inmigrantes sin papeles hacia las ciudades

Los flujos de inmigrantes sin papeles en las Islas Canarias, Malta e Italia fueron uno de los acontecimientos más importantes en 2006. Por tanto, las ciudades deben asumir las consecuencias de políticas internacionales (carencias europeas) y nacionales que no han escogido.

También es importante desdramatizar este hecho y analizarlo adecuadamente. A lo largo de los siglos siempre ha habido migraciones: la migración es el fenómeno clave de la historia de la humanidad. Es cierto que las migraciones de origen africano y asiático aumentan, pero es necesario relativizar este hecho. Solamente 170 millones de personas viven en un país en el que no han nacido, es decir, tan sólo el 2,7% de la población mundial. Tras la caída del muro de Berlín se había previsto una avalancha hacia la Europa del Oeste, pero no ha sido así. Países como el Reino Unido se muestran satisfechos con la llegada de “electricistas” polacos trabajadores y perseverantes. Es posible que este país cambie su política con la llegada de rumanos y búlgaros. En todo caso, se trata básicamente de una cuestión que hay que examinar a largo plazo y no en este mismo momento.

3.2. La integración urbana de la segunda y tercera generación

En 1981, justo el año en el que hubo la llegada masiva de refugiados por mar que venían de Cuba y de Haití, me encontraba en Miami. Recuerdo el pánico que tenían las autoridades que se ocupaban de los problemas de la vivienda, de los colegios, de los servicios médicos, servicios todos que era necesario aumentar. Hoy esta cuestión ya está solucionada.

3.3. El caso de la comunidad latina en las ciudades americanas

Mensaje: los Estados Unidos metabolizan mejor sus emigrantes (la medida del país, su historia y los dispositivos de los que disponen lo permiten). En el imaginario colectivo, la nación es una “nación de naciones”.

Si hablamos de cifras, la comunidad latina es hoy en día la primera minoría étnica dentro del país: representa el 17% de la población. Los índices de inmigración y de fertilidad explican el crecimiento global del 58% de la comunidad latina durante la década de los noventa. En veintitrés estados, el índice de crecimiento supera incluso el 100%. Mientras que sólo el 12% de los inmigrantes de los emigrantes latinos de primera generación se casó fuera de su grupo, en la tercera generación la proporción llega al 50% (por contraposición, los matrimonios entre personas de raza blanca y afroamericana no superan el 9%).

El debate relativo a la comunidad latina es importante dentro de la sociedad americana y entre los partidos políticos en campaña electoral. La comunidad latina provoca miedo a los americanos en lo que respecta al

trabajo; sin embargo, en el ámbito de los negocios constituye una mano de obra dócil y muy preciada para las tareas pesadas. Al mismo tiempo, se les percibe como una riqueza para las ciudades porque también son consumidores de bienes y servicios. Nosotros, los europeos, no deberíamos olvidar este aspecto.

Si en lo relativo a la identidad se les acusa de amenazar los valores establecidos, el idioma inglés y los estilos de vida, no debemos ignorar el dinamismo que aportan con la renovación demográfica y cultural en las ciudades y en las regiones.

El tema de los sin papeles (se calcula que hay unos once millones) es actualmente el que más divide a los partidarios y a los adversarios de una inmigración abierta. Estos sin papeles representan, por sector, una cuarta parte de la ocupación en la agricultura, el trabajo forestal y la pesca; el 30% en la construcción, y el 12% en la industria alimentaria.

Hay que dar tiempo al tiempo. En efecto, hay que tener en cuenta el índice relativo de pobreza de la comunidad latina (la renta media anual por familia en 2001 era de 33.565 dólares, mientras que la de la comunidad de raza negra era de 29.470 dólares, 46.305 dólares la de la comunidad de raza blanca y 53.635 dólares la de la comunidad asiática), pero de nuevo se trata de una cuestión de percepción.

Según una encuesta del Pew Research Hispanic Center de 2006, el 56% de los americanos con un nivel de estudios superior piensa que los inmigrantes contribuyen con su trabajo y competencia al enriquecimiento del país (el 36% los ve como una carga en términos de ocupación, de vivienda y de gastos de salud). Sin embargo, la proporción se invierte en el caso de los americanos sin estudios: el 59% se muestra en contra de los inmigrantes.

Podemos medir el éxito relativo de la integración de la comunidad latina por su representación política:

- Congreso: 23 representantes y 2 senadores en 2004.
- Casa Blanca: algunos consejeros con cargos importantes.
- Alcaldes y consejeros municipales: 6.000 políticos (entre ellos el alcalde de la segunda ciudad del país, Los Angeles).
- Deportistas, actores, etc., modelos para la sociedad.
- La lengua, la música, la alimentación, las industrias del ocio participan en la constitución de una "evidencia cultural" latina.

¿Podemos comparar, en términos de evolución, la presencia de la comunidad musulmana en las ciudades europeas con la de la comunidad

latina en los Estados Unidos? ¿El triunfo relativo de la comunidad latina en los Estados Unidos da esperanzas para pensar que la evolución de la comunidad musulmana se realizará armoniosamente?

3.4. El caso de la comunidad musulmana en las ciudades europeas

Esta integración parece que se efectúa de un modo más complicado. ¿Por qué? Concretamente, hay una combinación de factores que preocupan. En primer lugar, la cantidad de personas de la comunidad musulmana en las ciudades aumenta, aunque después de dos generaciones baja la fecundidad de las mujeres. En 1960, en Alemania había 7.000 trabajadores turcos inmigrados, mientras que hoy en día son tres millones. El acceso a las protecciones sociales, más fácil en Europa que en los Estados Unidos, crea tensiones en relación con las grandes familias inmigrantes y con los posibles fraudes.

En el fondo lo que es nuevo, pienso, es la separación (*disembeddedness*) de tres esferas que han estado vinculadas durante mucho tiempo: la esfera económica (los mejores están integrados), la esfera política (la representación de los hijos de los inmigrantes es insuficiente, en muchos países el derecho de voto local no se ha concedido a los padres y madres residentes) y la esfera social (antes había solidaridad de clases entre la clase trabajadora; los sindicatos, los partidos políticos y la Iglesia se ocupaban de los problemas de las familias en los barrios, se preocupaban de la vivienda, del colegio, de la movilidad de los niños y niñas, por ejemplo, y además hacían de enlace con la política). Hoy en día, estas herramientas de integración, en particular la escuela, son menos eficaces. La autonomía de la cuestión social hace resurgir los criterios de origen y de religión, lo que provoca diferenciaciones entre grupos en los espacios urbanos y dentro de cada comunidad. Así, el 81% de la comunidad musulmana británica se considera en primer lugar musulmana y después británica, y les va bien dentro de la diferencia. El 69% es hostil con los judíos. ¿Es un fracaso del diferencialismo? Sólo el 29% de la comunidad musulmana francesa tiene una actitud hostil contra los judíos. Los musulmanes franceses también están divididos entre los que ya se consideran franceses y después musulmanes y los que primero se consideran musulmanes y después franceses. Curiosamente, dos terceras partes de los franceses tienen opiniones favorables de los musulmanes, lo que demuestra que el modelo asimilacionista, tan criticado, funciona.

Los sociólogos también saben desde hace tiempo que, cuanto más joven es una generación, más tolerante es respecto a los “recién” llegados. Cuando la población envejece, la tensión aumenta. En efecto, cuantos más grupos inmigrantes entran en el mercado laboral, más amenazados se sienten los obreros de origen y los consideran como competencia (excepto si la *job machine* calma las tensiones). Cuantas más personas inmigrantes se alojan en viviendas sociales (viviendas a las que también aspiran las clases modestas) y cuantos más hijos de inmigrantes van al colegio público, o sea, cuando las diferencias se hacen más cercanas, más se manifiesta el miedo a la desclasación de las personas del país. El peligro radica en la explotación racista y xenófoba de los partidos de extrema derecha, que racializan las cuestiones sociales y exaltan la preferencia de los nacionales.

Lo más nuevo es la amalgama que se ha hecho entre Islam e islamismo (*vid.* por ejemplo la controversia a partir de las declaraciones del Papa), la relación con la política extranjera (terrorismo) y la ingerencia de los países de origen que hacen dudar de la “lealtad” de la comunidad musulmana. Una encuesta indicativa (poco representativa) que citó Ian Blair, jefe de la policía metropolitana de Londres, muestra que el 28% de las personas consultadas no avisaría al cuerpo de policía si tuviera conocimiento de un complot terrorista. En un artículo del *Herald Tribune* de 26 de octubre de 2005, Roger Cohen enumeró diez razones por las que los musulmanes moderados callarían ante el islamismo radical (entre las que se encuentran la resistencia a los Estados Unidos y la protesta contra la situación en Oriente Medio).

4. Estados menos solidarios

Las redistribuciones se efectúan principalmente a favor de categorías de ciudadanos que ya poseen ventajas por su origen social: a priori los hombres, blancos, de más de cuarenta y cinco años, con educación, con un trabajo estable. Las categorías precarias que no pueden “comprar” de manera privada servicios en el mercado se quejan de estados cada vez menos “providencia”. Las regiones y las ciudades han de compensar el retroceso del Estado central y ofrecer nuevas formas de solidaridad. Así, cuando se trata de la vivienda, los anhelados centros de ciudades históricas dejan de ser asequibles para las clases modestas, excepto si los alcaldes tienen políticas voluntaristas a fin de mantener la diversidad y la densidad en el centro, como es el caso de Barcelona.

En Europa, la privatización de algunos servicios se lleva a cabo de un modo desigual pero, si nos fijamos en el caso de la escuela pública, es evidente que son los padres más acomodados los que menos respetan la obligación de enviar a sus hijos a la escuela pública del barrio, incluidos los ministros de educación (pienso en ejemplos franceses e ingleses). La democrática escuela de masas apenas responde a las esperanzas de movilidad que los padres modestos depositan en ella, y si el ascensor social no funciona, una de las causas de ello es la masificación de la enseñanza. También vemos por todos lados cómo las clases más privilegiadas evitan a las más modestas en una especie de huida hacia delante, lo que todavía aumenta más la “fractura social”. A pesar de ello, el importe de la fiscalidad en Europa se justifica básicamente por las exigencias de una economía social, cuyo objetivo es poner fin a las consecuencias de una desigualdad de hecho. Sin embargo, los grupos de presión tradicionales (sindicatos, corporaciones) han conseguido de algún modo que se apliquen mecanismos de protección de los que se puedan beneficiar sobre todo los suyos y sus aliados, y no las categorías minoritarias en la distribución nacional o en los organismos de concertación social: las mujeres, los jóvenes y los inmigrantes no disponen del mismo arsenal de medios, y su futuro no depende proporcionalmente de la misma solidaridad nacional. Esto es más cierto en el sur de Europa que en el norte (Escandinavia), que ha sabido aplicar políticas aparentemente más igualitarias, al menos hasta ahora.

5. La inseguridad urbana: mitos y realidades

5.1. Un fenómeno antiguo

El miedo que inspiran algunos lugares y algunas clases sociales en determinadas horas del día en la ciudad no es un fenómeno nuevo. “Miedo siempre, miedo en todos los sitios”, escribió el historiador Lucien Febvre. En 1730, Daniel Defoe, autor de *Robinson Crusoe*, escribió al alcalde de Londres: “Toda la ciudad, monseñor, está alarmada y a disgusto. Los ciudadanos no se sienten seguros en sus propios muros, ni siquiera en sus calles; les roban, los insultan, les molestan... Y estas fechorías se producen dentro de vuestra jurisdicción como nunca antes había sucedido (en todo caso, con tanta amplitud) y, si continúan, acabarán por llamar al ejército y no a los magistrados para poner fin a ello.” Sin embargo, en comparación con los siglos precedentes, hoy en día no resulta una expedición peligrosa

viajar dentro de la ciudad y no es necesario ir armado, refugiarse en subterráneos o en el granero, ni construir murallas. La consolidación de la policía y de la justicia, el monopolio legítimo de la violencia por el Estado, la generalización de los procesos de control de uno mismo y de sus impulsos y las normas de la vida social hacen que la historia de la violencia y de su disminución esté relacionada con la de las instituciones modernas.

5.2. Nuevas expresiones

De todo ello se deduce que, actualmente, el umbral de tolerancia a la inseguridad urbana ha disminuido considerablemente. Personalmente, pienso que la inseguridad a menudo es “una excusa” que se usa para no vivir juntos en la ciudad, para rechazar a las personas que no se parecen a nosotros. Un discurso antiurbano, como el que se ha extendido en los Estados Unidos, asocia la idea de ciudad con riesgo, peligro e inseguridad, términos todos muy poco precisos. Forma parte de la naturaleza humana que cuando percibimos a un “otro” establecemos una jerarquización espontánea y, desde ese momento, percibimos a los que no son “nosotros” como enemigos potenciales o al menos como sospechosos. Grandes autores como Locke, Montesquieu, Tocqueville o Arendt analizaron la instrumentalización política que se podía hacer del miedo.

Personalmente no creo que la respuesta al miedo sea abandonar la ciudad o comprar un arma y refugiarse en una comunidad hiperprotegida. Los miedos y los rumores destruyen el uso del espacio público y deberíamos enfrentarnos a ellos, seleccionarlos y hablar de ellos en el debate público. La solución sólo puede venir de las ciudades más inclusivas.

5.3. La instrumentalización del miedo desde el 11 de septiembre

No podemos negar que el terrorismo y la criminalidad son amenazas que hay que tener en cuenta en la época actual. Los dirigentes políticos de más alto nivel del Estado, en los Estados Unidos, en el Reino Unido, en Francia o en Italia podrían aprovechar las amenazas para restaurar la autoridad del Estado. Pero lo que considero interesante es la reacción de la población a la que se dirige este tipo de discurso. En todos los lugares del mundo supimos el día después del 7 de julio de 2005 que los londinenses habían decidido volver al trabajo, coger el transporte público, como los neoyorquinos, siguiendo las recomendaciones del alcalde, hicieron des-

pués del 11 de septiembre de 2001 y como los madrileños hicieron el 12 de marzo de 2004, y de nuevo los londinenses en agosto de 2006. ¿Puede la gente adaptarse a todas las amenazas? Es necesario que los dirigentes se planteen cuestiones como éstas cuando proyectan cómo tienen que evolucionar los espacios en la ciudad. La gente puede entender las bombas y los aviones suicidas, son conscientes de lo que puede hacer la violencia urbana y de por qué se escogen determinados blancos. En resumen, pueden controlar la aprensión adquiriendo las técnicas necesarias; por ejemplo, escogen dar mucha importancia a algunos riesgos (por ejemplo, las vacas locas, la carne contaminada o el transporte de materias tóxicas, riesgos muy mínimos) e ignorar otros (los accidentes de coche mortales) para ejercer un poco de control sobre el destino. “Hay que vivir bien”, me dijo un taxista londinense, evocando el ataque relámpago durante la Segunda Guerra Mundial que provocó la muerte de sesenta mil personas. Hay que tener en cuenta que durante esta guerra muchos americanos, animados por los alcaldes, participaron en las ciudades en ejercicios de defensa civil, y se adquirió un conocimiento muy elaborado, que quizá hizo de los acontecimientos del 11-S una continuación.

5.4. Estigmatización de la alteridad y del comunitarismo

En efecto, los responsables urbanos no pueden negar que, si la inseguridad continua durante meses, por ejemplo, en barrios marginales y segregados, la población tiende a cerrarse en sí misma, los vecinos desconfían unos de otros y estigmatizan a los “peligrosos”, lo que no resulta demasiado complicado en las ciudades multiculturales. El comunitarismo y los espacios de no-Derecho inspiran miedo, y el control social se debilita con la pérdida de las referencias. El racismo y la xenofobia siempre encuentran espacio cuando los ideólogos los estimulan. Los estudios demuestran que, cuando la gente no sabe quiénes son sus vecinos, la ciudad en su conjunto se vuelve más vulnerable. Los inversores y los turistas dejan de lado estos barrios... En resumen, la corrosión del miedo rompe incluso los lazos del tejido social de las ciudades, de modo más rápido en unos lugares y más lento en otros.

5.5. Entre percepciones y realidades: el caso de Johannesburgo

Suelo distinguir entre la preocupación por la inseguridad urbana, que es una preocupación de la clase media (que no hay que olvidar, porque es la

clase que vota), y la realidad de la inseguridad que sufren los que saben lo que significa estar solos, desprotegidos, en un ambiente hostil, todo a la vez. Además, también hago una distinción entre las ciudades del sur y las del norte. Considero que las ciudades del sur, en las que hay una inseguridad muy real, son víctimas de carencias institucionales en términos de policía y de justicia.

Usaré el ejemplo de Johannesburgo, donde estuve hace poco, pero también podríamos hablar de São Paulo.

El miedo y el *statu quo* apoyados por jerarquías sociales implícitas persisten y un *apartheid* al que no se llama por su nombre reina en la ciudad. Mientras que la desaparición del régimen de *apartheid* se aceptó intelectualmente, como en Brasil, las prácticas resisten a la transición democrática y no se produce la desagregación del espacio. Las categorías acomodadas, blancas, negras, mestizas, tienen miedo de la diferencia social, de la raza y de la pobreza. Temen que con la mezcla puedan perder el poder, la riqueza, la propiedad, que son la base de su identidad. La incertidumbre económica del mañana, la terciarización del trabajo, la corrupción y los índices de homicidio se instrumentalizan para beneficiar un estilo de vida que les conviene. Como en los Estados Unidos, donde el derecho a la protección justifica los muros altos, las barreras electrificadas y todas las barreras simbólicas que protegen su exclusividad y pertenencias. La noción de propiedad es diferente de la que tenemos en Europa. La auto-defensa de la persona, que es legítima según los tribunales, engloba la de la propiedad, que es la extensión de la persona. No es el caso de Europa, donde matar a un ladrón se castiga judicialmente en muchos países. Esta ciudad provoca esperanza (el fútbol en 2010) y desesperación.

5.6. La privatización del espacio público

Las clases acomodadas se justifican diciendo que, ante todo, quieren seguir con vida, cosa muy legítima. Cuando hay poca confianza en las instituciones (podemos decir lo mismo en el caso de los Estados Unidos) la seguridad privada gana terreno. La distinción entre seguridad pública y seguridad privada es confusa y muchos agentes de policía trabajan en empresas de seguridad privada en su tiempo libre. La consecuencia de esto es una especie de continuo. En las encuestas, la gente afirma que tiene más confianza en la seguridad privada que en la policía. Privatización de los agentes, privatización del espacio público, transfor-

mación de las calles en calles privadas con acceso vigilado. El problema, pienso, y también es el caso de Londres, es que la privatización del espacio público no se cuestiona en el debate público.

Los Estados Unidos son el país con más agentes de seguridad privada (43%), seguido de la República de Sudáfrica (37%); Europa tan sólo representa el 6% y América Latina el 3%. Es fácil extraer las consecuencias que se derivan de ello. El sector privado de la seguridad impone sus propias leyes, rechaza proteger las casas que no están equipadas suficientemente, los sistemas de alarma ya no están conectados a la policía sino a los servicios privados y el abismo aumenta entre una minoría que puede pagar por su seguridad y que quiere secesionarse del resto de la ciudad y las mayorías que se protegen como pueden. Los intereses económicos potentes apoyan el separatismo social fundado en la inseguridad. El espacio público, denso y variado, no existe.

5.7. El derecho a la vida

Los africanos pobres y de raza negra, habitantes e inmigrantes, son las primeras víctimas. Tienen hasta veinte veces más riesgo de morir por homicidio que las personas de raza blanca. Los pueden asesinar cada vez que cogen el tren y en los municipios hay alto riesgo de violación. Tres cuartas partes de las víctimas de crímenes violentos son personas de raza negra.

Johannesburgo, como São Paulo, Río y otras megápolis del sur, reflexiona sobre la función del Estado como productor del mantenimiento de la seguridad y de la tranquilidad públicas. Un Estado con poco peso es una catástrofe. El artículo 3 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos estipula que todo el mundo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad. El artículo 143 resultante de la cumbre de la Asamblea General de la ONU de 2005 indica: "Afirmamos el derecho a vivir en libertad y dignidad, liberados de la pobreza y de la desesperación."

El derecho a "seguir con vida" está en la Constitución sudafricana y los jueces son los que interpelan al Estado para que cumpla con su deber. Cuando el Estado no tiene suficiente peso, entonces debe predominar el lenguaje de los derechos. Es posible que el cambio en Johannesburgo tarde unas cuantas generaciones, pero sabemos que hay magníficos reformadores que luchan para que esto cambie; debemos confiar en ellos.

6. Un ejemplo a meditar: la violencia de los suburbios franceses

Este ejemplo intenta demostrar que tener espacios públicos densos y variados está unido al sentimiento de seguridad, de normas respetadas y compartidas.

6.1. Los disturbios de noviembre de 2005: ¿repetición cíclica o novedad?

El filósofo Wittgenstein advertía sobre el peligro del poder del lenguaje de hacer que todo se parezca. De modo más comprensible, podemos decir que una palabra puede esconder otra. En cuanto a las formas de violencia que se vivieron en noviembre de 2005 en los barrios de clase obrera en Francia, el lenguaje mediático y político a menudo se refería a ellos, para resumir, como “motines”. Este término no se ha escogido por casualidad: evoca menos los motines del hambre en la India que los grandes motines de los años sesenta y, más tarde, los de Los Angeles, de los que hemos visto imágenes en películas o en la televisión.

Una imagen de *The New York Times* que recuperó el suplemento de *Le Monde* del 12 de noviembre muestra coches quemados en Clichy-sous-Bois, al lado de un mercado con la siguiente leyenda: “El disturbio en los enclaves de inmigrantes en Francia recuerda el de los años sesenta en los Estados Unidos o el de los motines de Los Angeles.” En una época de gran consumismo, las reacciones a los coches quemados dan la impresión de que, a menudo, la importancia que se da a los bienes de las personas pesa más que la que se da a la vida de los marginados. Porque, en efecto, no hubo muertos en aquellos incidentes. La representación de los medios de comunicación apoyada por términos como motines, disturbios urbanos o agitaciones turba las fronteras del sentido, evoca un ataque intolerable y amenazador al orden social.

Es cierto que podemos encontrar algunas similitudes en los disturbios urbanos que se producen en las ciudades europeas. Las convergencias se encuentran en la relegación de los habitantes de los barrios afectados a los sectores más bajos del mercado laboral y de los programas de formación, en la concentración de familias en gran dificultad, familias monoparentales, familias recién llegadas, familias en estado de crisis en lugares inhospitalarios, de difícil acceso, con funciones limitadas. Las escuelas, los transportes, los gestores de hábitat social, los servicios públicos no responden correctamente a las expectativas de los padres y las madres, de

los usuarios, de los arrendatarios... El tráfico de drogas y la economía sumergida, la apropiación de algunos espacios públicos por jóvenes caídos, la inseguridad, todo ello convierte estos barrios en lugares poco atractivos para los que tienen la opción de vivir, trabajar o pasar el tiempo de ocio en otro lugar. Las jerarquías sutiles entre ellos y entre ellos y los demás, con un fondo de xenofobia y racismo, son constitutivas de las formas de exclusión. Vienen acompañadas de una radicalización de aquellos que tienen trayectorias de movilidad y de acceso a los bienes deseables y cuyo estatus está garantizado. La existencia de mundos al margen en estos barrios gana una gran visibilidad cuando hay enfrentamientos con un cuerpo de policía que ha venido para instaurar una “disciplina social” en grupos que se perciben como marginales e indisciplinados.

Surgen lógicas territoriales de identidad a causa de una integración social de confrontación y de sentimientos de frustración hacia una sociedad de consumo que no escucha las aspiraciones de las generaciones jóvenes. ¿Estas convergencias desembocan en una rabia como la que inspiraban Malcolm X y sus seguidores cuando quemaban la bandera americana?

Sería un contrasentido científico hablar de motines en el caso francés. El término “motines” se puede entender en el sentido que le da Eric Hobsbawm: como un “preludio en la negociación”. Sin embargo, el perfil de los jóvenes implicados, la falta de demandas, la falta de palabras para negociar, la falta de organización no convierten estos disturbios en motines.

6.2. ¿Qué sucedió?

Después de la electrocución accidental de dos jóvenes en Clichy-sous-Bois, localidad llena de tensiones entre jóvenes y policía, los jóvenes utilizaron su repertorio habitual de protesta contra los símbolos del Estado y hicieron uso del fuego (unos cien coches quemados a la semana) y del vandalismo. Los jóvenes de los barrios competían entre ellos para atraer la atención de la televisión, reaccionaban con acciones colectivas, se ponían en contacto mediante los teléfonos móviles, algunos animaban a los indecisos, expresaban una liberación (*acting out*) y un grupo más reducido aprovechaba para pasar cuentas (venganza, enfermedades mentales...). La policía en la región parisina ya conocía a muchos de estos jóvenes (con todo, sólo a una minoría, unos doscientos de setecientos, por ejemplo).

Los adultos no apoyaban a los jóvenes pero decían que los entendían, que ya se lo esperaban.

A lo largo de las veintiuna noches se quemaron novecientos vehículos, doscientas cincuenta y cinco escuelas, doscientos treinta y tres edificios públicos y hubo actos vandálicos en cincuenta y una comisarías y en ciento cuarenta autobuses en trescientos barrios de doscientas ciudades. Otras ciudades europeas se contagiaron y estos acontecimientos captaron la atención de todo el mundo. En dos terceras partes de los barrios sensibles no pasó nada (a continuación explicaré los motivos).

Los barrios movilizados fueron los barrios con una proporción alta de jóvenes de menos de veinticinco años (más del 35%), barrios de inmigración y de vivienda social. Sin embargo, ¡París no ardió y no fue una movilización dirigida por los jihadistas! Los lugares tienen importancia.

6.3. Las diferentes respuestas

La violencia urbana de noviembre de 2005, amplificando la de los años ochenta y noventa, fue controlada con firmeza por importantes dispositivos policiales que, por desgracia, están acostumbrados a enfrentarse a la violencia urbana. Se movilizaron más de once mil agentes de policía (de los que ciento veintiséis acabaron heridos). La curva de las detenciones fue proporcional a la de las noches de agitación. Aproximadamente novecientos jóvenes y dos mil ochocientos adultos acabaron en manos de la justicia, seiscientas personas fueron detenidas, entre ellas cien jóvenes. Se decretó el estado de emergencia, se volvió a los toques de queda, se limitaron las aglomeraciones de jóvenes y la compra de bidones de gasolina. Se expulsaron clandestinos. Se hicieron varias promesas (contratación de jóvenes, financiación de asociaciones, lucha contra la discriminación, vivienda social).

En el ámbito local, donde los alcaldes están acostumbrados a enfrentarse a la violencia urbana, se actuó en consecuencia: se movilizaron adultos de referencia, se convocaron grupos de vigilancia con la policía todos los días, se llamó a las cámaras, se pidió a los mediadores que vigilaran los enclaves de riesgo y, sobre todo, se habló con los jóvenes todas las noches.

Los gestores de vivienda social y las asociaciones de arrendatarios también estuvieron extraordinariamente tranquilos. Saben lo que hay que hacer, lo que hay que revisar sistemáticamente (los subterráneos, la luz, los ascensores, los tejados, los espacios verdes, los pisos vacíos). Se reu-

nieron de manera sistemática todos los días, limpiaron inmediatamente los escombros y también negociaron con los jóvenes. El 75% de los daños afectó a contenedores y coches, el 25% a cristales... No hubo demasiados ataques contra las personas.

6.4. ¿Por qué?

Un ambiente anónimo, masivo, mal concebido, transportes públicos insuficientes o demasiado caros y la falta de servicios públicos da a esta población un sentimiento de trato desigual. Estos sitios concentran jóvenes, pobreza, inmigración, carencias escolares, paro, discriminación, delincuencia. Los jóvenes ocupan la calle en lugares abandonados por los adultos. También los pisos pequeños y la coexistencia entre generaciones favorece el descontento. La integración a la francesa es en parte un fracaso, a pesar de las generosas prestaciones que compran la paz social.

El sistema político no favorece que la ciudadanía se implique en las decisiones, los partidos políticos no integran a las segundas generaciones en la representación, el debate político únicamente propaga miedo de los barrios sensibles, los medios de comunicación los estereotipan, la educación pública no ofrece alternativas a los jóvenes que han fracasado en la escuela.

6.5. La violencia como medio de expresión

La violencia urbana tiene que analizarse como una “voz”, una revuelta contra todos estos signos de rechazo social y de no respeto, como una crisis de identidad de jóvenes que provienen de la inmigración o del ultramar colonizado, como una demanda de reconocimiento y de integración.

6.6. Incomprensiones y bloqueos

Las respuestas institucionales son inadecuadas porque el Estado central y las élites están demasiado lejos, separados de los habitantes. Tardan demasiado y la presión mediática exige respuestas rápidas; sus herramientas son tecnocráticas y hay que aplicar medidas adaptadas a las necesidades de cada localidad.

Los alcaldes tienen poderes demasiado limitados y, cuando se les ofrece más poder en materia de gestión de la seguridad, temen este poder por lo que representa de responsabilidad. La justicia social es políticamente arriesgada.

En cuanto a la policía nacional, no es el medio adecuado para tratar la seguridad de estos espacios. Ha sido instruida para mantener el orden, para proteger el Estado y luchar contra la criminalidad. La policía de “proximidad” es impopular entre el cuerpo de policía. Se trata de policías jóvenes sin experiencia, que provienen de zonas rurales, se les envía a estas zonas y ellos son reticentes a este trabajo poco valorado. Las sobrecargas no son la solución, ni tampoco la impunidad que conceden los jueces en caso de errores. De hecho, su tarea es una misión imposible.

7. Soluciones locales a problemas globales

Las evoluciones sociales que he descrito antes establecen la dimensión de la gobernanza urbana, de la centralización o de la descentralización de las decisiones. ¿Qué pueden hacer los alcaldes para que las ciudades mantengan la calma, estén socialmente tranquilas y se conviertan en lugares agradables donde vivir? ¿Qué buenas prácticas de eficacia urbana y social podrían ayudar?

–Colaboraciones innovadoras y sin límites pueden favorecer la cohesión social, la mediación y el respeto. Éstas son las armas de las que disponen los políticos contra las derivaciones fractales.

–Hay que abrir los barrios, dotarlos de una buena red de transportes, crear instituciones, servicios y comercios *in situ* suficientemente atractivos para que vayan los habitantes de otros barrios y parar así la huida de habitantes móviles.

Es importante:

–Favorecer la concertación en los proyectos comunes entre profesionales, asociaciones, habitantes de generaciones y culturas diferentes y establecer un diálogo.

–Informar sobre los éxitos urbanos en los foros internacionales, nacionales, regionales, locales.

–Dar a los jóvenes de los barrios herramientas de inclusión, de formación y de cualificación hacia profesiones estables y útiles. Ayudarlos para que dialoguen con los policías de proximidad, pedir la ayuda de las familias, de las mujeres con la creación de foros de agrupación sobre temas consensuados (buenos días, vecino) y de las mujeres inmigradas para luchar contra el analfabetismo y la reclusión cultural por medio de la formación.

–Revalorizar el trabajo de campo y el trabajo de proximidad (como para los profesores de primaria a finales del siglo XIX), remunerar adecuada-

mente el “trabajo sucio” a partir de una pedagogía de la opinión sobre el coste de la paz social. Es evidente que hay una crisis de contratación de educadores, agentes sociales y animadores. Además, es necesario atenuar las competencias de legitimidad mediante la coherencia y favorecer la complementariedad de las iniciativas.

–Recompensar el mérito de las personas que se arriesgan para mejorar como habitantes responsabilizados. Llevar a cabo evaluaciones totalmente transparentes.

–Responsabilizar a los ciudadanos. Salir del pensamiento mágico del “sólo es necesario...”, explicar a las sociedades que las reformas en estos barrios siniestrados requieren tiempo y que es cosa de todos. Disuadir a los delincuentes de sus planes con sanciones educativas y la aplicación de una justicia reparadora. Enfrentarse a los miedos para volver a dar esperanza a los barrios urbanos.

8. Conclusión

La verdadera gobernanza urbana emana de una pluralidad de actores públicos y privados (empresas, habitantes, usuarios, padres...), cuya reflexión y energía coproducen soluciones con los políticos y las instituciones en un respeto mutuo. En este aspecto, vemos barrios que empiezan de nuevo.

La evolución del South Bronx desde 1970 es ejemplificadora. Después de la privatización de una parte del espacio público abandonado y gracias a la implicación de iglesias negras y de otros organismos de caridad en la construcción de una masa crítica de viviendas de coste modesto y gracias, también, a la aportación de fondos del Estado por mediación del alcalde, el barrio ha sufrido un profundo cambio. A la preocupación de seguridad de nuevos pequeños propietarios y de los bancos, las autoridades respondieron con una mayor implicación. Las instituciones se volvieron más legítimas desde el punto de vista de los habitantes, que se comprometieron en la regulación social del espacio y en la lucha contra las bandas.

En Red Hook, Brooklyn, donde el 80% de la población que proviene de las minorías ocupa viviendas sociales, la mezcla social se empezó a notar después de que la creación de un tribunal de justicia que integra los servicios legosociales simbolizara el cambio que vendría. La transformación del espacio fue el motor de cambios sociales, de una mayor participación cívica y de un descenso de la criminalidad. Un poco por toda Europa, demoliciones progresivas acompañadas paralelamente por reconstrucciones de

inmuebles de un tamaño medio muestran la transformación de las imágenes que tenemos de un barrio. No es una solución sin problemas, pero en cualquier caso es una solución.

Hay que seguir luchando contra las discriminaciones y hacer aplicar el Derecho de la construcción europea, desde el Tratado de Ámsterdam (artículo 13) hasta la Directiva 43/2000 (Directiva racial). La cuestión de la policía sigue siendo una cuestión delicada. Es más fácil de tratar si la policía está descentralizada, si se evalúa y debe dar explicaciones de sus acciones.

En Europa, el derecho de voto local para los residentes extranjeros les permitiría participar en la vida cívica y, desde el punto de vista de los niños, expresaría un respeto hacia la aportación de los inmigrantes regulares en la sociedad de acogida. En los Estados Unidos muchos de los agitadores de los años sesenta actualmente son representantes de los estados o alcaldes de ciudades pequeñas o grandes. Este país ha conseguido integrar mejor que Europa las minorías difíciles.

Sin embargo, la ley no lo es todo y, según mi opinión, más bien es con una acción pedagógica, informativa y de convicción que podemos ayudar al cambio.

En resumen, es urgente cambiar el discurso sobre las ciudades, parar de meter miedo con el peligro de los jóvenes, de lamentarse de las rupturas sociales. Hay que entender el potencial positivo que comporta la diversidad y la densidad de los barrios. Aprender a mirar el excedente de vitalidad de la juventud, la riqueza de las culturas y de las generaciones, la concentración de un potencial de innovaciones susceptibles de desarrollarse. El hecho perturbador, incierto y contradictorio en vez de crear miedos debería interpretarse como un inicio de las soluciones.